

pulcro. Su silencio, pompa y majestad. La primera procesión del Corpus. Aspecto de Jerusalén y de sus moradores. El sepulcro. Cuidados de María, al sepultar á Jesús. La última despedida. Vuelta al Calvario. Regreso á Jerusalén. Pensamientos de María. Recorre de nuevo el *Víacrucis*, de la última á la primera estación. Descansa en la morada de Juan.

*Fruto de este dolor*

Santidad del ministerio sacerdotal.

Acto de contrición.

Oración por los pecadores obstinados. Argumentos de misericordia y de justicia. La oración de María triunfa. *Recordare quod steterim in conspectu tuo ut loquerer pro eis bonum et averterem indignationem tuam ab eis.*



XXX

**La Inmaculada Concepción**

Panegírico predicado en la Catedral, en el solemne octavario celebrado el año de 1880.

*Ipsa conteret caput tuum.  
Ella quebrantará tu cabeza.  
Génesis cap. III, v. 15*

Ilmo Señor: (1)

Venerable Capítulo

Señores:

Entre los sucesos cumplidos por la Divina Providencia, durante el glorioso reinado de Pío IX, ninguno me parece más grande, en sí mismo, y trascendental, en sus consecuencias, como la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María.

Quizá, señores, pasa por vuestra mente, para debilitar su asentimiento á esta idea el grandioso espectáculo del Concilio Vaticano, interrumpido, hoy, por la Revolución, pero que madura, en el recogimiento y el

(1) El Ilmo y Rmo. Sr. Dr. D. Francisco Orueta y Castrillón, Arzobispo de Lima.

estudio, los más sazonados frutos, en provecho de la Sociedad y de la Iglesia.

Vista miope y razón menguada tendría, quien intentase apocar siquiera la extraordinaria magnitud de un hecho, que ha conmovido al mundo, poniendo miedo en el corazón de los reyes, sembrando alarmas en las academias científicas, siendo tema obligado de la tribuna y de la prensa y haciendo estallar las más furiosas pasiones, en los antros de la demagogia.

Pero, corta mirada y entendimiento estrecho demostraría, también, quien no viese, en la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el germen bendito, cuyo desarrollo natural ó histórico, en el tiempo y hora señalados, debía ser la celebración de la augusta Asamblea.

Y esto, señores, porque la definición y proclamación del Dogma, á causa de ser la suprema afirmación del supernaturalismo y de la autoridad doctrinal del Pontificado, ponía de manifiesto la posibilidad, oportunidad y utilidad de un Concilio, que diese al enemigo la última batalla, después que la Iglesia lo había vencido en el primer combate, y puesto á los pies de la Inmaculada Virgen los laureles de su triunfo. *Ipsa contret caput tuum.*

Doble victoria, alcanzada por la Iglesia, el 8 de Diciembre de 1854: la una sobre el racionalismo, alzando, gallarda y noblemente, el estandarte de lo sobrenatural, en presencia de sus más osadas y universales negaciones; y la otra sobre el regalismo, estableciendo la soberana autoridad de la Santa Sede, en los momentos mismos de contemplar el mundo la más vasta y concertada conspiración de los poderes civiles contra la Cátedra apostólica.

Siento, señores, que la justa consideración de no abusar de vuestra benevolencia me obligue á concretar-

me en el primer punto, que servirá de objeto al presente discurso y á vuestra piadosa atención.

Gózate ¡oh Virgen Madre! de haber dado muerte á la herejía en todo el universo; y dignate recibir, el día de hoy, el filial homenaje de mi veneración y de mi amor. AVE MARÍA.

#### PUNTO ÚNICO

La completa rebeldía de la razón humana contra todo el orden sobrenatural es, señores, el carácter distintivo de la presente época.

Ved, si nó, lo que pasa, en todas las esferas de la actividad humana.

Acometida la loca empresa de relegar á Dios al inaccesible santuario de su gloria; á Dios, señores!, cuya majestad llena las alturas del cielo, las profundidades del abismo y las extremidades del mar, el blanco que-  
dó planteado para la razón humana el pavoroso problema de llenar el inmenso vacío que dejaba Dios, al retirarse del hombre, según lo pidió su insensato orgullo: *Recede á nobis.*

Para resolverlo, ha puesto por base la negación de todo orden sobrenatural, que tenga un organismo visible en la sociedad; ocupándose en seguida de sustituir, con creaciones suyas, todas las partes que iba demoliendo del viejo edificio. Ha destruido, señores, pero no ha edificado nada; porque, al acento de su palabra, no han venido la verdad, el bien y la felicidad, sino el error, el mal y el más profundo malestar.

En el orden religioso, ha negado la religión, para establecer la indiferencia religiosa;

En el orden social, ha destruido la autoridad y la obediencia y puesto, en su lugar, el despotismo y la servidumbre;

En el orden político, ha destruido la supremacía de la justicia, para reemplazarla, con la estúpida soberanía de la fuerza y del número;

En el orden eclesiástico, ha negado la independencia de la Iglesia y sostenido la omnipotencia del Estado;

En el orden doméstico, ha entristecido al ángel del hogar, proscribiendo el matrimonio cristiano y fundando el concubinato legal;

En el orden científico, ha reemplazado la fecunda unidad de la ciencia con la infinita variedad de los más opuestos sistemas;

En el orden económico, por no escuchar las inspiraciones de la caridad, ha creado la tiranía del capital, la explotación del trabajo, la sublevación de los obreros y los horrores del pauperismo;

En el orden experimental, ha negado todos los milagros de Dios y admitido, al punto, todos los prodigios del diablo.

Así se explica, señores, porque han visitado á los pueblos las más terribles catástrofes; porque atormentan á los espíritus las más viva inquietudes; y por que fermentan, en el seno de las modernas sociedades, las más espantosas conjuraciones contra la Religión, la autoridad, la propiedad y la familia; porque falta Dios, señores; y cuando no nos ilumina su divina luz, ni penetra en nuestro oído su celestial palabra, ni nos llena el corazón su suavísima gracia, sólo hallamos en nuestro camino tinieblas palpables, voces de espanto y angustias de muerte.

¡Apagad el Sol, señores!, y proponéos producir, sin su calor y sin su luz, todos los fenómenos del movimiento y de la vida!

Mas necia pretensión es, todavía, la de apagar el eterno Sol del cielo de las almas, sin que estas se enfermen, languidezcan y mueran.

En este vano empeño de fundar todas las instituciones, fuera de todo orden sobrenatural, se encuentra

también la verdadera causa de ese íntimo y radical antagonismo que existe entre el Pontificado y todas las obras del espíritu moderno.

Unico representante el Papa de lo sobrenatural, en el mundo, su propio instinto hace comprender al racionalismo que ese es su grande y verdadero enemigo. Por eso, lo ha hecho el privilegiado objeto de sus odios, de sus ataques y de sus furores; pero, el Pontificado ha vencido, señores, porque esos odios han dilatado las entrañas de su caridad; esos ataques han fortalecido su espíritu, en esta lucha gigantezca; esos furores han movido su compasión sobre las locuras del espíritu humano; y, sintiéndose padre y médico de la humanidad caída, ha subido, como Moisés, á la montaña santa, para tratar con Dios de la salud de su pueblo; la inspiración ha iluminado su frente; las escrituras le han mostrado sus oráculos; la tradición, sus enseñanzas; el orbe cristiano, sus aspiraciones; el episcopado, sus votos; el cielo, sus misericordias; el infierno, sus alarmas; y viendo que había llegado el momento oportuno de que brillase, con los esplendores de la fe, la inmortal victoria de la mujer contra la serpiente infernal, que fué decretada en los eternos consejos y revelada al hombre, como prenda de su restauración, después de la primera culpa; lleno del Espíritu Santo, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo y de los bienaventurados apóstoles, Pedro y Pablo, y para gloria de la Santísima Trinidad, honra de la madre de Dios y exaltación de la santa fe católica, definió, pronunció y declaró, con su autoridad infalible, que la doctrina que enseña que la bienaventurada Virgen María fué preservada de toda mancha de pecado original, en el primer instante de su concepción, es revelada por Dios y debe ser creída firme y contantemente por todos.

Así ha defendido el Pontificado, señores, el orden sobrenatural contra los generales asaltos del racionalismo.

lismo, presentando á la veneración del mundo á la mujer por excelencia, vestida del Sol, coronada de estrellas y que tiene á la luna por escabel de sus pies, como el tipo más perfecto de lo sobrenatural, en quien se reunen admirablemente todos los dones de la naturaleza y todas las magnificencias de la gracia,

¡Triunfaste, una vez más, oh Virgen poderosa, del antiguo enemigo del género humano! Tu enemistad irreconciliable con él, prevista por Dios, para que fueras digna Madre del Verbo encarnado; revelada al hombre, como el fundamento de su reparación; proclamada por el ángel, cuando tomó carne en tu seno el Hijo del Altísimo; ha sido sellada, en nuestros días, con el irrevocable sello de la fe, para gloria tuya, consuelo nuestro y eterna confusión del príncipe de las tinieblas.

Y así es, en verdad, señores; porque, si María ha sido concebida, sin la mancha del primer pecado, es forzoso admitir la trasmisión de la culpa original y el dogma consolador de la redención, bases firmísimas sobre las cuales reposa todo el mundo sobrenatural, según la admirable economía de su creación y la más admirable aún, de su restauración.

Por esto, señores, el dogma de la Concepción Inmaculada de María ha comunicado mayor solidez á todo el edificio cristiano; nuevo vigor á todas las verdades católicas y demostrado á la razón humana que la compacta unidad de la doctrina revelada es eterna, invencible, inexpugnable, última palabra de la ciencia y clave universal de todas las cosas.

Y este golpe, que ha recibido el racionalismo, desde las alturas del Vaticano, ha sido, señores, certero y mortal.

Así lo prueba la extraordinaria profusión de las misericordias del cielo y el enconado furor con que se han redoblado los ataques en las líneas enemigas, pudiendo

decirse que la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María, fué la señal de una renovación maravillosa del supernaturalismo en el mundo y de los más desesperados esfuerzos de la incredulidad contra el Señor y contra su Cristo.

Y en efecto, señores, ¡cuántas bellezas y cuántos tesoros ha ostentado la Iglesia, ante los ojos atónitos del mundo!

Hemos visto, señores, dilatado el reino de Jesucristo en las regiones del Oriente; multiplicados los fieles en todos los países que le arrancó el Protestantismo al gremio de la Iglesia; renovadas y florecientes las instituciones monásticas; unido el episcopado con su cabeza visible, como jamás se vió en la historia del Catolicismo; sustentada la Santa Sede por la caridad del mundo; prolongados maravillosamente los largos días del anciano pontífice; exaltados sus privilegios, en el más grande de los Concilios ecuménicos; visitado nuestro suelo por muy frecuentes apariciones de la Virgen Santísima; repetidos, cada día, los más insignes milagros; llenos de innumerables peregrinos, los más célebres santuarios; proclamada la fe con noble libertad, en las más ilustres asambleas parlamentarias y científicas; en una palabra, señores, asistimos á una general invasión de lo sobrenatural, que se presenta y se muestra con tanto más grande esplendor cuanto es más tenaz en negarlo el racionalista y el incrédulo.

¡Bendito sea Dios, señores, que ha ostentado así los prodigios de su diestra!

Pero, ¡cuán horribles cosas, también, no han visto nuestros ojos!

Hemos visto profanada la ciudad santa y cautivo á su Pontífice; dispersas en las plazas las piedras del Santuario; manchado el pueblo cristiano con la sangre de sus sacerdotes; perseguida la Iglesia en todas las naciones; alimentados sus pastores con el pan de la

limosna ó con el pan del desterrado; negada audazmente la divinidad de Jesucristo; demolidos por el hacha revolucionaria los templos del Dios vivo; convertidas en escuela de impiedad y de blasfemia la prensa y la tribuna, y, más que todo esto, impasibles á las potestades de la tierra, ante los insolentes triunfos de la iniquidad.

¡Bendito sea Dios, señores, que ha permitido estas ardientes explosiones del espíritu del mal, para demostrar al mundo la completa esterilidad de sus esfuerzos!

¡Bendita seas tú, también, oh madre de Dios y madre nuestra, porque el dogma de tu Inmaculada Concepción ha puesto en tus manos las palmas de una esclarecida victoria sobre el racionalismo, doblemente atestiguada por el torrente de bendición es que ha descendido del cielo sobre la tierra y por los silbidos de rabia de la serpiente infernal, al sentir quebrantada, de nuevo, por tu delicado pie, su horrible cabeza. *Ipsa conteret caput tuum.*

Pero, aun nos resta que ver, señores, el triunfo del Pontificado sobre la Revolución. La soberbia de los que odian al Señor crece siempre; pero crecen también las humildes oraciones de todos los fieles. Ya el Papa ha recibido de manos de María la corona de la infalibilidad, como una recompensa visible de haber puesto un nuevo brillante en su diadema imperial; como si correspondiese, en la sapientísima economía del divino Fundador de la Iglesia, la integridad de la inocencia de María, Madre suya, á la integridad de la fe de Pedro, representante suyo; de tal manera que ambas divinas prerogativas, la exención de toda culpa en la Madre de Jesucristo, y la exención de todo error en su Vicario sobre la tierra, obtuviesen su pleno desarrollo en un mismo período histórico de la vida de la Iglesia.

Oremos y esperemos, estretanto, señores; pues llegará seguramente el día de la victoria, cuando llenen

su respectiva medida los gemidos del justo y las iniquidades del impío.

Entonces, el Soberano Pontífice, á la cabeza de la sagrada milicia y reinando en paz sobre su pueblo, al ver humillados á sus enemigos, exhalará su alma, como David, en la presencia del Señor y dirá: “He esperado largamente, contra toda esperanza, y lleno de resignación en la palabra del Señor; y al fin ha vuelto hacia mí sus divinos ojos” *Expectans expectavi Dominum et intendit mihi.* “Ha oído mis ruegos y me ha sacado del lago de miseria y del cieno inundo en que me tenían mis enemigos”. *Et exaudivit preces meas, et eduxit me de lacu miseriae et de luto feci.* “Y asentó, de nuevo, mis pies sobre la piedra angular, Cristo Jesus; y dirigió y enderezó mis pasos por el camino de su ley”. *Et statuit supra petram pedes meos: et direxit gressus meos.* “Por eso cantará al Señor el nuevo cántico que me ha enseñado”. *Et innisit in os méum canticum novum, carmen Deo nostro.* “Viendo los hombres mi triunfo, temerán al Señor su Dios; y esperarán en él, viendo coronada mi esperanza”. *Videbunt multi, et timebunt: et sperabunt in Domino.* “Y dirán: bienaventurado el varón, cuya esperanza es el nombre del Señor, y que no volvió los ojos á vanidades y necedades engañosas.” *Beatus vir cujus est Nomen Domini spes ejus: et non respexit in vanitates et insamas falsas.* “¡Gloria á tí, Señor, que has obrado tantas maravillas y que no tienes semejante en tus pensamientos!”. *Multa feciste tu Domine Deus meus, mirabilia tua et, cogitationibus tuis non est qui similis sit tibi.*”

Cantaremos, señores, este himno de triunfo, sobre la tierra, al pie de los altares de María, ensayando así nuestras voces para entonar, después, el cántico eterno de la Jerusalén celestial. Así sea.